

Fòrum de Recerca. Núm. 21/2016, p. 55-69

ISSN: 1139-5486. DOI: <http://dx.doi.org/10.6035/ForumRecerca.2016.21.4>

55



De maternidad a maternaje.

Maternajes, feminismos y paces

Magdalena Sancho Moreno
al085209@uji.es

I. Resumen

Maternidad y paz son dos conceptos que frecuentemente se encuentran asociados en nuestro imaginario y nuestra sociedad. Paradójicamente, las mujeres no han sido consideradas como pensadoras ni hacedoras de paz, y no ha sido hasta hace relativamente poco que la investigación feminista ha dirigido su mirada hacia la relación entre mujeres y paces. Con las madres ha ocurrido algo similar, aun siendo la maternidad una experiencia clave en la vida de la mayoría de las mujeres; no ha sido hasta las últimas décadas cuando las pensadoras feministas han dirigido su mirada hacia la maternidad. En este artículo pretendo relacionar esos tres campos de estudio: maternidades –o maternajes–, estudios feministas y estudios para la paz. Para ello, voy a realizar un somero repaso de la evolución del pensamiento feminista reciente, clasificándolo según sus posiciones teóricas principales y relacionándolo con las diferentes perspectivas adoptadas relativas a la maternidad y a la investigación para la paz. Utilizando la analogía del «drama en tres actos» empleada por algunas autoras para referirse al desarrollo del debate feminista en relación con la maternidad, veremos los tres estadios principales del debate: uno inicial de rechazo de la maternidad, uno posterior de recuperación y el último, el actual, donde coexiste la crítica a la recuperación con la búsqueda de estrategias de recuperación.

Palabras clave: maternidad, maternaje, feminismo, paces, género, patriarcado, igualdad, diferencia, posestructuralismo, construcción.

II. Introducción

La conexión entre mujeres, maternidad y paz es antigua, en las culturas occidentales la paz se ha representado a menudo como mujer y como madre. En la antigua Grecia, la paz nace con cuerpo y atributos de mujer, personificada en *Eiréne*,¹ diosa de la paz, creadora de la abundancia, portadora del bienestar y la prosperidad (Martínez López, 1998: 246, 2000: 255-256). En la Roma de Augusto, en el siglo I d.C. es también una diosa, *Pax*,² quien encarna la paz.

¹ La primera representación conocida de *Eiréne* se atribuye a Cefisódoto en el s. IV d.C. En la escultura, *Eiréne* lleva en brazos a un niño, *Pluto*, el hacedor de la riqueza, destacando la relación entre ambos, de marcado carácter maternal: la paz como madre o nodriza de la riqueza (Martínez López, 1998: 250).

² El motivo central del *Ara Pacis Augustea* es una divinidad maternal –probablemente *Pax*– con dos niños en sus brazos, frutas en su regazo, amapolas y espigas en su cabello y espalda y una res y un cordero a sus pies, asociando como en la época helena, paz y fertilidad, paz y abundancia, paz y fecundidad (Martínez López, 2000: 276-277).

Paradójicamente, la paz no ha solido estar al alcance de las mujeres, las mujeres no han sido reconocidas como pensadoras ni como hacedoras de paz. La responsabilidad de la paz, la consecución, preservación y defensa de esta ha sido patrimonio masculino.

En realidad, podríamos afirmar que las mujeres no han sido reconocidas como pensadoras. Las experiencias femeninas, entre ellas una tan clave para la mujer y para la sociedad como es la experiencia de la maternidad, han sido minimizadas, despreciadas como secundarias y relegadas al ámbito femenino, doméstico y privado. Hace cuarenta años, Adrienne Rich afirmaba que «we know more about the air we breathe, the seas we travel, than about the nature and meaning of motherhood» (O'Reilly, 2010: vii). Afortunadamente, desde entonces la contribución desde diferentes ramas de la ciencia al conocimiento de la maternidad ha sido tal que algunas académicas ya defienden la existencia de una rama de conocimiento específica, los Motherhood Studies. Lamentablemente, queda mucho camino por recorrer y en la academia española aún están por reverberar los ecos de estas tendencias investigadoras de la experiencia maternal.

A lo largo de la historia podemos encontrar numerosos episodios donde las iniciativas de las mujeres, las fuerzas de las madres, han supuesto aportaciones importantes en la denuncia de las violencias y en la búsqueda de alternativas pacíficas a las situaciones de injusticia. Las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina, las Madres de Tiananmen en China, las Madres de Ciudad Juárez en México, la Ruta Pacífica de las Mujeres en Colombia, las mujeres por la paz de Liberia, son varios ejemplos de este activismo.

¿Por qué surgen estos movimientos? ¿De dónde surge la «fuerza» de estas mujeres? ¿Tienen las mujeres por su capacidad de ser madres unas cualidades específicas que les impelen hacia la paz, hacia el cuidado y el cariño? ¿Son estas cualidades exclusivamente femeninas? ¿Pueden estas cualidades «universalizarse» de algún modo para construir entre todas y todos culturas para hacer las paces?

Responder estas preguntas es una tarea ardua que ha centrado gran parte del debate feminista reciente en torno a la maternidad y las paces. En este artículo pretendo llevar a cabo un estudio del estado de la cuestión de este debate. La finalidad es clara: contextualizar para arrojar un poco de luz sobre la pertinencia de estas preguntas y para centrar la búsqueda de respuestas posibles a estas cuestiones. Quiero recalcar que la finalidad de este artículo no es responder a estas preguntas; son muchos los esfuerzos que se han dirigido en esta dirección y que han enriquecido y expandido el conocimiento sobre las experiencias maternas, pero que aún no han fructificado en respuestas concretas a estas preguntas. De

hecho, me pregunto si esas respuestas «concretas» existirán algún día y me cuestiono ya de antemano su validez.



UNIVERSITAT
JAUME I

III. Objetivos (y limitaciones)

El objetivo principal de este artículo es, como acabo de señalar, realizar una aproximación al estado de la cuestión del debate feminista respecto a la maternidad y las paces. Para ello, voy a realizar un somero repaso de la evolución del pensamiento feminista reciente, clasificando sus principales posiciones teóricas y relacionándolo con las diferentes perspectivas adoptadas en referencia a la maternidad y la investigación para la paz. Soy consciente de que, al realizar este tipo de ejercicio, corremos el riesgo de caer en reduccionismos y simplificaciones que pueden ocultar la diversidad y la complejidad de las diferentes posturas y perspectivas; aún así, el hacerlo permitirá ubicar y encuadrar el pensamiento feminista actual sobre la maternidad y la paz.

IV. Material y método

El marco teórico en el cual ubico mi investigación posee un marcado carácter interdisciplinar que se centra en los estudios de género, los estudios para la paz y los estudios de la maternidad. Para elaborar este artículo de investigación, he llevado a cabo un trabajo de revisión teórica de materiales académicos relacionados con mi investigación doctoral, la posibilidad de «maternajes para la paz». La revisión teórica ha consistido básicamente en la búsqueda, la selección, la lectura y el análisis crítico de textos.

V. El «drama» del debate feminista contemporáneo

El debate feminista contemporáneo se ha articulado básicamente en torno a tres posiciones teóricas:

- ∞ la que defiende el feminismo de la igualdad: las diferencias entre mujeres y hombres son mínimas y debemos luchar por la igualdad,
- ∞ la que defiende el feminismo de la diferencia: mujeres y hombres poseen cualidades diferentes y debemos respetar y potenciar las cualidades femeninas, y
- ∞ las posiciones de construccionismo social y posestructuralismo, que mantienen que las diferencias entre

mujeres y hombres se construyen socialmente y no debemos categorizar en base a ellas.

Estas tres posiciones se han visto reflejadas en el debate feminista en relación con la maternidad, en lo que ha sido considerado por algunas autoras como un «drama en tres actos» (Hansen, 1997: 5; Jeremiah, 2006: 22), con el primer acto marcado por el rechazo de la maternidad; el segundo, por la recuperación, y el tercero, por una coexistencia entre la crítica a la recuperación y la implementación de estrategias de recuperación.

5.1. Primer acto: el «rechazo» de la maternidad

Simone de Beauvoir es la máxima exponente del feminismo de la igualdad. En *El segundo sexo* (1949), de Beauvoir reflexiona sobre la condición de la mujer y analiza cómo el patriarcado la excluye del orden androcéntrico y la condena a la *otredad*, a representar el papel del *otro*. El origen de la opresión de la mujer, según la feminista francesa, radica en cuestiones culturales y está muy ligado al significado que se atribuye a la reproducción desde tiempos ancestrales. De Beauvoir desmonta el mito del «instinto maternal», lo interpreta como un instrumento de opresión y cuestiona la idea de la realización plena de la mujer mediante la experiencia de la maternidad.

A partir del trabajo de De Beauvoir, las teóricas de la segunda ola del feminismo –situadas en la posición igualitaria– ven en la maternidad un instrumento para la devaluación y opresión de las mujeres. La biología, expresada a través de la maternidad, resulta inherentemente opresiva para todas las mujeres, e ignora tanto las diferencias entre las mujeres como la interacción compleja entre corporeidad, psicología y cultura (Jeremiah, 2006: 22-23). En 1963, Betty Friedan publica *La mística de la feminidad* donde analiza «el malestar que no tiene nombre» que observa e invade a las mujeres estadounidenses de clase media que viven en los barrios residenciales, y compara el hogar con «un confortable campo de concentración» (2009: 368-372). En *Women's Estate* (1971), Juliet Mitchell ve la subordinación social de la mujer como el resultado de una cadena causal que se inicia con la maternidad: «the causal chain then goes: maternity, family, absence from production and public life, sexual inequality» (1971: 106). Shulamith Firestone, en *The dialectic of sex. The case for feminist revolution* (1971), considera que la maternidad es una servidumbre reproductiva determinada por la biología y reclama la ruptura del lazo entre mujer y maternidad, «the freeing of women from the tyranny of their reproductive biology by every means available, and the diffusion of the childbearing and childrearing role to the society as a whole» (1971: 206).

La experiencia de la maternidad se analiza desde su lado oscuro, el de las desigualdades que genera. Los feminismos radical, marxista

y socialista de esta época muestran cómo la alianza entre capitalismo y patriarcado ha relegado a las mujeres al ámbito doméstico, concediéndoles un estatus inferior, perpetuando la dominación masculina y las formas capitalistas de producción.

En este primer acto, con el movimiento feminista exigiendo el derecho a no matenar, los aspectos de cuidado y de mantenimiento de la paz de las mujeres no entran en la escena. La mayoría de los investigadores para la paz no son ni mujeres, ni feministas, y se llega a ver los estudios para la paz como una distracción de la tarea principal de liberar a las mujeres. Las pocas académicas feministas que dirigen su mirada hacia la paz lo hacen con el objetivo de mostrar el papel en la historia política y social de mujeres como Bertha von Suttner, Jane Adams, Emily Greene Balch y las creadoras y seguidoras de la Women's Peace Party y la Women's International League for Peace and Freedom (WILPF) (Forcey, 2001: 159-160).

5.2. Segundo acto: la «recuperación» de la maternidad

A mediados de los setenta, una serie de académicas comienza a dirigir su mirada hacia formas de conocer que parecen características de las mujeres y que hasta ahora habían sido invalidadas en aras de la defensa de la igualdad. En lo que se ha llamado el *feminismo de la diferencia*, el foco se dirige hacia descubrir y poner en valor las formas de saber y conocer de las mujeres. En este segundo acto, son numerosas las pensadoras que buscan recuperar y reinterpretar la maternidad.

En *El ejercicio de la maternidad: psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos* (1984), Nancy Chodorow dirige su mirada hacia el ejercicio maternal y a las causas psicológicas de su reproducción en la sociedad occidental. Chodorow mantiene que el ejercicio maternal es el punto central de la división sexual del trabajo, que relega a las mujeres a la esfera doméstica de la sociedad al reproducir la identidad genérica que adquieren en su socialización. Así, ve la reproducción del ejercicio de la maternidad como el elemento que organiza y reproduce las características diferenciales de los géneros, produciendo la desigualdad sexual. La socióloga y psicoanalista mantiene que las niñas y los niños desarrollan distintas capacidades relacionales como resultado de crecer en una familia en la cual son las mujeres las que ejercen la maternidad (1984: 257), «las mujeres crecen más conectadas con los otros y permanecen así tanto interna como externamente» (1984: 262-263), y que los roles que aprenden las niñas son más interpersonales, particularizados y afectivos que los que aprenden los niños.

En 1982, Carol Gilligan cuestiona los resultados mediante los cuales el psicólogo Lawrence Kohlberg establece que existe un desarrollo moral diferenciado entre niñas y niños, y le asigna una

debilidad moral a la mujer. En su obra *In a Different Voice*, traducida al castellano como *La Moral y la teoría: psicología del desarrollo femenino* (1985), Gilligan critica el trabajo de Kohlberg –en cuyas investigaciones había colaborado– al afirmar que la aplicación de sus análisis teóricos no ha contemplado las voces femeninas. Al considerar la experiencia femenina, Gilligan advierte que los niños y las niñas estudiados reaccionan de distinto modo ante los problemas morales planteados: mientras que las actuaciones de los niños están guiadas por unos ideales de justicia, las niñas reaccionan con una moralidad basada en lo que ella denomina «ética del cuidado». Gilligan observa así una «voz moral diferente» en las mujeres, fruto de la socialización y de las prácticas maternas, caracterizada por una sensibilidad y unos rasgos de cuidado que, en cierto sentido, son más morales que los valores de justicia social de los hombres. Según Gilligan, la violencia masculina surge de la desconexión y de la falta de conocimiento de los hombres sobre las relaciones humanas, y las actividades de cuidado son las que pueden constituir un mundo más seguro. «Aunque las verdades de la teoría psicológica han cerrado a los psicólogos ante la verdad de la experiencia femenina, tal experiencia ilumina un mundo que los psicólogos han encontrado difícil de seguir, un territorio en que la violencia es rara y la relaciones parecen seguras» (1985: 109).

Adrienne Rich combina su propia experiencia maternal con la teoría feminista para realizar uno de los primeros análisis sobre la institución de la maternidad desde una perspectiva feminista en *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution* (1986). Rich distingue entre dos concepciones de la maternidad –*mothering* y *motherhood*– con dos dimensiones muy distintas. Entendida como experiencia, como la relación potencial de la mujer con su capacidad reproductiva y sus criaturas, el maternaje –*mothering*– es potencialmente empoderador. Entendida como institución, que persigue que ese potencial permanezca bajo el control y la dominación masculina, la maternidad –*motherhood*– es opresiva. «The patriarchal institution of motherhood, is not the “human condition” any more than rape, prostitution, and slavery are», afirma Rich (1986: 33). La institución de la maternidad no es más que un constructo social creado por y para el sistema heteropatriarcal que debe ser destruido (Rich, 1986: 280).

Entre las feministas que dirigen su mirada hacia la investigación para la paz influenciadas por Rich (1986), Chodorow (1984) y Gilligan (1985) se encuentran Betty A. Reardon (1985) y Sara Ruddick (1989). Estas pensadoras ponen de relieve las carencias del método científico vigente, construido sobre las convenciones creadas por los hombres blancos occidentales de objetividad, libertad de valores y pensamiento abstracto. El interés central de estas pensadoras es la

reconstrucción de la maternidad como fuente de placer, conocimiento y poder específicamente femeninos.

Betty A. Reardon (1985, 1993) denuncia que hasta ese momento la investigación para la paz, en general, ha considerado los estudios de la mujer como secundarios o colaterales a las preocupaciones centrales de la paz, y propone integrar la investigación feminista con la investigación para la paz. Mantiene que la causa raíz de la violencia social y estructural es el sexismo y que los estudios para la paz deben centrarse en la transformación de las relaciones humanas a través de la personal, para lo cual es central la educación para la paz. El rol educativo de las madres toma una especial relevancia: «the mothers of the world, who provide the care for most young children, are fundamental and formative peace educators» (Reardon, 1993: 133).

En su obra *Maternal Thinking. Towards a Politics of Peace*, Sara Ruddick (1989) explora las potencialidades del pensamiento maternal para la construcción de una cultura de paz. Ruddick considera que la práctica maternal es algo más que un trabajo improductivo y opacado. Es una disciplina que surge para responder a unas demandas específicas –preservación, crecimiento y aceptación social– y que genera un tipo de conocimiento específico, el pensamiento maternal. Contrario al recurso a la violencia para la resolución de conflictos, el pensamiento maternal tiene un gran potencial para hacer las paces: «although mothers are not intrinsically peaceful, maternal practice is a “natural resource” for peaceful politics» (1989: 157).

En este segundo acto de nuestro «drama» del feminismo contemporáneo, Reardon, Ruddick y otras investigadoras feministas para la paz muestran como en la sociedad actual la báscula se decanta peligrosamente hacia los principios «masculinos», y llevan a la codicia, la agresión, el militarismo, la guerra, en lugar de hacia las aptitudes «femeninas» más conciliadoras y constructivas, por lo que el mundo sería un lugar más seguro si se valorara y reforzara el elemento femenino. A pesar de que estas pensadoras reconocen que no necesariamente todas las madres buscan la paz, sino que a menudo apoyan las guerras, o instan a sus hijos a seguir una carrera militar, coinciden en que son las mujeres-madres con una conciencia política feminista quienes pueden construir la paz de manera efectiva: «By increasing mothers' powers to know, care, and act, feminism actualizes the peacefulness latent in maternal practice» (Ruddick, 1989: 242).

5.3. Tercer acto: la coexistencia entre la crítica a la recuperación y la implementación de estrategias de recuperación

En el tercer acto, el actual, ocupado en desafiar y extender el conocimiento anterior, coexisten críticas y cuestionamientos con aplicaciones, extensiones y defensas del trabajo previo. Está más

claro que nunca que el mundo sigue siendo desigual, que el poder, la riqueza y los privilegios son patrimonio de la mitad masculina de la humanidad, pero también está claro que el acuerdo feminista sobre las teorías y las estrategias para explicar y superar estas desigualdades está lejos de ser alcanzado. La investigación feminista para la paz fluctúa ambivalentemente alrededor de dos posiciones, una –cada vez más apoyada por investigadores varones– centrada en la identificación de las diferencias psicológicas y fisiológicas esenciales entre varones y mujeres y otra que reconoce la distorsión y los inconvenientes de esta perspectiva. La tensión, según Anne Phillips, es parte del proyecto feminista: entre hombres y mujeres hay diferencias, y también desigualdades; las feministas van a seguir debatiendo y discrepando sobre cuánta de la desigualdad surge de la diferencia y en qué medida y cómo puede la diferencia ser eliminada (Forcey, 2001: 166).

Algunas autoras como Elaine Tuttle Hansen o Ann Snitow observan en este estadio una creciente sensación de *impasse*: «feminists have demanded and gained new attention for the previously ignored problems of motherhood, but they have not arrived at consensus about how to redefine the concept or adjust the system» (Hansen, 1997: 6). Snitow expresa también esta sensación de estancamiento y encuentra desorden y división en la crítica feminista, que atribuye a la focalización del debate feminista en torno a la polaridad diferencia / igualdad. «A common divide keeps forming in both feminist thought and action between the need to build the identity “woman” and give it solid political meaning and the need to tear down the very category “woman” and dismantle its all to solid history» (1990: 9). Esta polarización del pensamiento es preocupante y se refleja en el pensamiento feminista, y el consenso emergente que necesitamos trascender es el debate de diferencia / igualdad.

Joan Scott (1988) sintetiza esta idea cuando afirma que el debate igualdad vs. diferencia puede ser una trampa intelectual, de la cual las feministas debemos alejarnos. Scott señala que estamos ante un par de opuestos creado «to offer a choice to feminists, of either endorsing “equality” or its presumed antithesis “difference”» (1988: 38). La dicotomía igualdad o diferencia no puede estructurar las opciones para una política feminista. Situar estos conceptos como contradictorios implica negar la interrelación entre ambos –cómo la diferencia subyace en las nociones políticas de igualdad–, al mismo tiempo que sugiere que la uniformidad es la única base sobre la cual se puede reclamar la igualdad. Scott se pregunta cómo integrar la diferencia a la vez que abogamos por la igualdad y ofrece una doble respuesta: «the only response is a double one: the unmasking of the power relationship constructed by posing equality as the antithesis of difference and the refusal of its consequent dichotomous

construction of political choices» (1988: 44). La antítesis de la diferencia no es la igualdad sino la uniformidad, y la antítesis de la igualdad no es la diferencia sino la desigualdad.

El enfoque teórico que según Scott, y numerosas pensadoras feministas actuales parece más adecuado para superar el dilema de diferencia vs. igualdad y avanzar en la teoría feminista es el posestructuralismo (Forcey, 2001: 167). Chris Weedon afirma que quizás no sea la respuesta para *todas* las cuestiones feministas pero que resulta adecuado como modelo para entender las relaciones entre lenguaje, instituciones sociales y conciencia individual, y se centra en los mecanismos de poder y en las posibilidades de cambio (1987: 19).

El término *posestructuralismo* es un término plural. No tiene un significado concreto, sino que engloba una serie de posiciones teóricas derivadas del trabajo de Derrida, Kristeva, Althusser y Foucault, que ponen en tela de juicio la primacía del estructuralismo en las ciencias humanas (Weedon, 1987: 19). Podríamos decir que el posestructuralismo es un enfoque amplio e interdisciplinar que cuestiona las bases epistemológicas de las ciencias sociales, la fe de la Ilustración en el progreso y la razón, y la metodología de las ciencias sociales, basada en la búsqueda de generalizaciones, simplificaciones y verificaciones a la imagen de las ciencias duras. El posestructuralismo dirige su atención hacia el lenguaje, los símbolos, los discursos alternativos y el significado, «knowledge is grounded in language and language does not reflect "reality". Rather it creates and reproduces a world which is never definitive but always in transformation» (Rosenau, 1990: 85-86).

En el marco del pensamiento feminista, el feminismo posestructuralista niega que varones y mujeres tengan una naturaleza esencial. Insistiendo en la construcción social del género a través del discurso, rechazan las definiciones de la feminidad basadas en teorías psicoanalíticas o biologicistas, que ubican la esencia femenina en procesos como la sexualidad o la maternidad. «There can be no guarantee of the nature of women's experience» afirma Weedon, ya que «this experience is discursively produced by the constitution of women as subjects within historically and socially specific discourses», si bien esto no descarta «the specificity of women's experiences and their difference from those of men, since, under patriarchy, women have differential access to the discursive field which constitutes gender, gendered experience and gender relations of power in society» (1987: 167).

En referencia a nuestro drama particular, en este tercer acto, ya se ha incorporado ampliamente la cuestión de la maternidad en el debate feminista. Siguiendo a Rich (1986), hablamos de maternaje –

*mothering*³— más que de maternidad —*motherhood*—. En línea con una perspectiva posestructuralista, se contempla el maternaje como una construcción social y se considera su naturaleza activa, contextual y cambiante, tomando distancia de la visión tradicional occidental de la madre como un ser pasivo e impotente.

La propuesta de Judith Butler (1990, 1993) de entender el género como una serie de actos performativos ha marcado el pensamiento reciente sobre el maternaje. Desde esta perspectiva, el maternaje es una práctica y la subjetividad maternal no es única ni estática, por lo que hablamos ahora de subjetividades maternas dinámicas en constante proceso de construcción.

Butler asevera que «afirmar que las diferencias sexuales son indisolubles de las demarcaciones discursivas no es lo mismo que decir que el discurso causa la diferencia sexual» (1993: 17). Emily Jeremiah adapta esta afirmación a la experiencia maternal, y sostiene que afirmar que esta se construye no equivale a afirmar que la construcción causa la experiencia maternal (2006: 25). Según Butler, «la anticipación conjura su objeto» y puede que sean las expectativas las que terminan produciendo el fenómeno que están anticipando (1990: 15). En este sentido, «la construcción no es un acto único ni un proceso causal iniciado por un sujeto y que culmina en una serie de efectos fijados», la construcción «es en sí misma un proceso temporal que opera a través de la reiteración de normas», en el curso de cuya reiteración «el sexo se produce y a la vez se desestabiliza», y se encuentra en esa inestabilidad la posibilidad de interrumpir la consolidación de la producción discursiva para lograr la transformación (Butler, 1993: 29-30).

Para Butler, «el efecto sustantivo del género se produce performativamente y es impuesto por las prácticas reguladoras de la coherencia de género», es decir, el género es «un hacer», «no existe una identidad de género detrás de las expresiones de género; esta identidad se construye performativamente por las mismas “expresiones” que, al parecer, son resultado de esta» (1990: 84-85). Aplicando la idea de performatividad a la práctica maternal, Mielle Chandler propone entender la palabra “madre” como un verbo:

“mother” is best understood as a verb, as something one does, a practice which creates one’s identity as intertwined, interconnected and in-relation. Mothering is not a singular practice and mother is not best understood as a monolithic identity.

En definitiva, «to be a mother is to enact mothering» (1998: 273). Las prácticas maternas, así entendidas, constituyen una

³ «Mothering is a socially constructed set of activities and relationships involved in nurturing and caring for people». Esta es la definición acordada por Evelyn Nakano Glenn, Elsa Barkley Brown y Linda Rennie Forcey, organizadoras de la conferencia *Contested Terrains: Constructions of Mothering*, que tuvo lugar en la State University of New York at Binghamton, en octubre de 1990 (Forcey, 2001: 157).

agencia, una «capacidad de acción» que tienen el potencial de romper los discursos dominantes sobre la maternidad que dependen de su repetición para su perpetuación.

Emily Jeremiah señala que el concepto de la performatividad maternal conlleva algunos problemas, como el de la idea, relativamente reciente en el mundo occidental, de la maternidad como elección (2006: 26). Según Butler, la capacidad de acción o agencia no debe ser asociada al voluntarismo o al individualismo, pues «la acción denotada por la performatividad del “sexo” estará directamente en contra de cualquier noción de sujeto voluntarista que existe de manera absolutamente independiente de las normas reguladoras a las que se opone», paradójicamente, el sujeto que debería oponerse a tales normas ha sido configurado por las mismas (Butler, 1993: 38). El «yo», según Butler, no existe previo al discurso, «sujeto al género, pero subjetivado por el género, el “yo” no está ni antes ni después del proceso de esta generización, sino que solo emerge dentro (y como la matriz de) las relaciones de género mismas» (1993: 25). Si aplicamos esta noción a la práctica maternal, podríamos entender que el maternaje es la matriz a través de la cual el «yo maternal» emerge, pero aquí sí que podemos apreciar un rasgo de voluntarismo, pues la emergencia del sujeto maternal puede ser considerada como la consecuencia de la decisión tomada por la mujer de ser madre (Jeremiah, 2006: 26).

Otra de las cuestiones que surge al respecto de la performatividad maternal es el aspecto de la relacionalidad y del cuidado. Mielle Chandler –al igual que Nancy Chodorow, Carol Gilligan, Sara Ruddick y otras autoras anteriores– señala la importancia de la relacionalidad en la práctica maternal. Cuando un ser nace está en una relación simbiótica con la madre y no diferencia su propio ser del de su madre. La práctica maternal conlleva una serie de respuestas a las necesidades fundamentales de una criatura que está tan interconectada con la madre que no existe una línea de diferenciación definitiva. «“Mother” is an identity formed through a repetition of practices which constitute one as so profoundly interconnected that one is not one, but simultaneously more and less than one» (Chandler, 1998: 274). De acuerdo con esta relacionalidad, Chandler cuestiona la teoría feminista que privilegia la emancipación del sujeto, de la libertad individualista. El problema, afirma, surge cuando, para deshacer la asociación madre-mujer, definimos una libertad que excluye o desdeña la práctica maternal. La propuesta de Foucault de utilizar el rechazo como táctica de insubordinación para evitar las identidades opresivas quizás sea aplicable a las prácticas de sexo y género, pero difícilmente se puede aplicar a las prácticas maternas. Rechazar la identidad «madre» implica renunciar a las prácticas maternas, algo que algunas madres optan por hacer, pero que para la mayoría es impensable. Si

el rechazo es la única táctica para la transformación, quizás lo que sí se puede rechazar es la adaptación a subjetividades emancipadoras que subyugan las prácticas maternas. Quizás lo que sí se puede hacer es rechazar es el rechazo, «refuse to refuse: to embrace motherhoods and to demand social, economic and political respect for mothering practices» (Chandler, 1998: 280-284).

Para resolver estas dos cuestiones, Emily Jeremiah propone incorporar a la performatividad maternal el aspecto ético y relacional del comportamiento maternal, abogando por una ética maternal performativa, caracterizada por la relacionalidad y la corporeidad (2006: 27-30).

VI. Conclusión

El gran dilema que ha marcado el debate feminista desde mediados del siglo pasado ha sido el que ha enfrentado a las pensadoras defensoras de la igualdad y las de la diferencia. Podría considerarse que este dilema, en algunos aspectos, ha llevado a la investigación feminista a una situación de cierto estancamiento; se ha dedicado más energía a la oposición entre ambas tendencias que a los esfuerzos de encontrar estrategias comunes para superar esta dicotomía. Se han anulado las diferencias, se han dramatizado las mismas, se han destacado las diferencias entre mujeres y mujeres, entre hombres y hombres... Es hora de dejar atrás esta pugna, es necesario prestar atención a las voces que nos instan a unirnos para constituir una causa común frente a las desigualdades.

Algunas voces abogan por la perspectiva posestructuralista para salir de este atolladero. El posestructuralismo, con su énfasis en la producción discursiva de las experiencias ofrece un prisma muy interesante para dejar atrás el debate de la existencia de una naturaleza esencial. No obstante, considero que debemos permanecer atentas y no caer en el extremo escepticismo que los defensores más radicales de esta tendencia defienden. Reconocer la multidimensionalidad puede enriquecer en gran medida nuestra visión del mundo pero también puede llegar a obstruirla. Es difícil conjugar incredulidad y acción, escepticismo y pasión, y ya nos alertó Marx de que no basta con interpretar el mundo de modos distintos; lo que hay que hacer es cambiarlo.

En la práctica, algunas mujeres nos revelamos contra las categorías «naturales» como «madre». Nos movemos entre la tesitura de necesitar actuar como mujeres y necesitar una identidad que no esté determinada en exceso por nuestro género (Snitow, 1990: 9). Exigimos que nuestra voz sea escuchada, aunque según Snitow, por definición en nuestra cultura sea, «that-voice-you-can-ignore» (1990: 13). Rechazamos el rechazo, rechazando las



identidades opresivas (Chandler, 1998: 280-284) que nos pretenden imponer y buscamos otras maneras de subversión, abrazando nuevas formas de ser madres, mujeres, demandando respeto social, económico y político para nuestras prácticas, como mujeres y como madres.

Personalmente, considero que entender el maternaje, con sus aspectos éticos y relacionales, como una práctica, como una «agencia», nos abre la puerta a ver las prácticas maternas como potencialmente transformadoras y subversivas, con capacidad para romper los discursos dominantes sobre la maternidad, con una retórica propia, alejada de las formas heteropatriarcales de concebir el mundo, de forma que se contribuya a la construcción de culturas para hacer las paces.

VII. Bibliografía

- de Beauvoir, Simone. 1949. *El segundo sexo*. 1999. Madrid: Cátedra.
- Butler, Judith. 2007[1990]. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.
- . 2002[1993]. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*. Buenos Aires: Paidós.
- Chandler, Mielle. 1998. «Emancipated Subjectivities and the Subjugation of Mothering Practices». En *Redefining Motherhood: Changing Identities and Patterns*, editado por Sharon Abbey y Andrea O'Reilly, 270-286. Ontario: Second Story Press.
- Chodorow, Nancy. 1984. *El ejercicio de la maternidad: psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*. Barcelona: Gedisa.
- Firestone, Shulamith. 1971. *The Dialectic of Sex. The Case for Feminist Revolution*. Nueva York: Bantam.
- Forcey, Linda Rennie. 2001. «Feminist Perspectives on Mothering and Peace». *Journal of the Association for Research on Mothering* 3 (2): 155-174.
- Friedan, Betty. 2009. *La mística de la feminidad*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Gilligan, Carol. 1985. *La Moral y la teoría: psicología del desarrollo femenino*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Hansen, Elaine Tuttle. 1997. *Mother Without Child: Contemporary Fiction and the Crisis of Motherhood*. Berkeley: University of California Press.



- Jeremiah, Emily. 2006. «Motherhood to Mothering and Beyond. Maternity in Recent Feminist Thought». *Journal of the Association for Research on Mothering* 8 (1-2): 21-33.
- Martínez López, Cándida. 1998. «Eirene y Pax. Conceptualización y prácticas pacíficas femeninas en las sociedades antiguas». *Arenal. Revista de historia de las mujeres* 5 (2): 239-261.
- . 2000. «Las mujeres y la paz en la historia. Aportaciones desde el mundo antiguo». En *Historia de la paz: tiempos espacios y actores*, editado por Francisco A. Muñoz y Mario López Martínez, 255-290. Granada: Universidad de Granada, Instituto de la Paz y los Conflictos.
- Mitchell, Juliet. 1971. *Women's Estate*. Harmondsworth: Penguin.
- O'Reilly, Andrea. 2010. «Introduction». En *The Encyclopedia of Motherhood*, editado por Andrea O'Reilly, vii-x. Thousand Oaks: Sage Publications.
- Reardon, Betty A. 1985. *Sexism and the war system*. Nueva York: Teachers College Press.
- . 1993. *Women and peace: Feminist visions of global security*. Albany, NY: State University of New York Press.
- Rich, Adrienne. 1986. *Of Woman Born. Motherhood as experience and institution*. Nueva York: Norton.
- Rosenau, Pauline. 1990. «Once Again Into the Fray: International Relations Confronts the Humanities». *Millennium: Journal of International Studies* 19 (1): 83-110.
- Ruddick, Sara. 1989. *Maternal Thinking. Towards a Politics of Peace*. Boston: Beacon Press.
- Scott, Joan W. 1988. «Deconstructing equality-versus- difference or, the uses of poststructuralist theory for feminism». *Feminist Studies* 14 (1): 33-50.
- Snitow, Ann. 1990. «A Gender Diary». En *Conflicts in Feminism*, editado por Marianne Hirsch y Evelyn Fox Keller, 9-43. Nueva York: Routledge.
- Weedon, Chris. 1987. *Feminist practice and poststructuralist theory*. Nueva York: Basil Blackwell.